

SERMON PREDICADO

EN LA

IGLESIA DE CAPUCHINAS CERCA DE LA COLEGIATA

EL DIA 2 DE JULIO DE 1892,

CON MOTIVO DE LA

SEPTIMA PEREGRINACION

DE LA DIOCESIS DE QUERÉTARO,

POR EL

Pbro. D. JOSÉ TRINIDAD CERVANTES,

Maestro de Aposentos del Seminario.



QUERÉTARO.

IMPRESA DE LA ESCUELA DE ARTES.

Calle Nueva número 10.

1892.

Con licencia de la Autoridad eclesiástica.



¿Et unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?

Lucae Cap. I. v. 25.

De dónde á mi la dicha que la Madre de mi Señor venga á mi?

Evg. de S. Lucas, Cap. I. v. 25.

Illmo. Señor:

M. I. y V. Cabildo.—Señores:

UN santo y celoso hombre de la casa de Israel, aquel inspirado Profeta elegido por Dios para anunciar el completo exterminio de su ingrato pueblo,—hablo, Señores, del Sacerdote de Anathoth Jeremías,—sintiendo en su espíritu la vocación del Altísimo que lo constituía oráculo divino de las voluntades del cielo, comprende lo colosal de misión tan sublime; desciende al abismo de su humildad profunda, y en medio de la gran confusión de su alma, no puede menos que dirigirse á su Dios con estas palabras: *A Domine Deus ecce nescio loqui quia puer ego sum.* Oh Dios y Señor mio, mis débiles labios no pueden balbutir la más sencilla expresión porque soy un niño. Isaías, el Evangelista del Antiguo Testa-

mento en circunstancias análogas, consigue del cielo que un Querubín purifique sus labios con el sacro fuego del Altar Santo. Pero ¡oh miseria humana! En estos solemnes momentos, yo miserable, abismo de impotencia, ¿qué debería hacer al escuchar la voz del Príncipe de la Iglesia queretana, nuestro amante Pastor, que me intima el precepto de ser intérprete de vuestros corazones, tiernamente inspirados á presencia de María de Guadalupe, luz de mis ojos, alegría de nuestra alma y esperanza firmísima en nuestras desgracias? Callar debiera, y, entre sollozos y lágrimas de amor, suplicar á nuestra Madre Guadalupana que, penetrando con su mirada nuestro corazón, leyera las tiernas emociones de sus hijos, antes que profanar, con la debilidad de mis palabras la santidad de vuestras inspiraciones divinas.

Más, si he de hablaros. Señores, ¿qué diré á presencia del sorprendente prodigio del *Opus magnum* que el Ser eterno ha obrado en nuestra venturosa patria México, mediante María de Guadalupe? ¿Acaso no, con mayor razón que la Madre del Bautista, con la humildad más profunda y más sincero agradecimiento, debiera exclamar: *Et unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?*

En verdad, proyectos muy sublimes impulsaron á la Reyna del cielo para visitar con grande ansia y caridad, *surgens cum festinatione*, á Santa Isabel en las áridas montañas de la Judea. Sí, Señores, á allá iba, como dice San Bernardo, para que el Espíritu Santo llenara con su gracia aquel vaso de elección, Juan Bautista: á allá iba, para encender con su caridad aquella antorcha que debía ir ardiendo delante de Jesucristo: iba á difundir su amor, á dar leccio-

nes de viva fé, *beata quae credidisti*; y, por último, á enseñarnos el más precioso ornato del alma, la humildad, pues, al escuchar el *Benedicta tu inter mulieres*, prorrumpió en aquel misterioso Cántico *Magnificat anima mea Domino* con el cual atribuyó á Dios toda su gloria, como á causa única de su incomprendible grandeza. *¿Et unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?*

Importantes motivos tenía la Santísima Virgen para visitar la casa del Sacerdote Zacarías. ¿Y qué razones te movieron ¡oh María de Guadalupe! verdadera zarza de Moisés que ardiendo en el purísimo fuego de la Divinidad, inflamabas en el amor más puro á los ardientes Serafines? ¿Qué motivo tuviste, para descansar tus purísimas plantas en este inmundo suelo, estando aún sumergido en el abismo de la idolatría? ¿Quién te obligó á permanecer entre nosotros, Mujer divina, revestida del Sol, sostenida por la Luna y ornamentada de brillantes estrellas? ¿No eres la alegría é himno de los Angeles? ¿No eres el Paraíso donde se recrea el nuevo Adán? ¿Qué haces entre nosotros, castísima Paloma, centro de los amores y delicias del Espíritu Santo? ¿No eres el libro donde la pluma del Omnipotente escribió la palabra infinita, el *Verbum* del Eterno Padre? ¡Oh nueva creación, toda amor para nosotros! ¿por qué pusiste tu morada en esta incógnita montaña del Tepeyac? *¿Et unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?*

Señores: *el singular amor del Altísimo y de María de Guadalupe á los Mexicanos es la causa de su permanencia entre nosotros.* Esta es la proposición que os demostraré con sencillas reflexiones.

Mis amados hermanos, ¿á quién interesaremos en

nuestro auxilio? El Eterno Padre ha hecho en María ostentación de su poder infinito; el Hijo la venera como á su tierna Madre; el Espíritu Divino la enriquece como á su predilecta Esposa; las Gerarquías angélicas la adoran como á su Reyna; todos los santos le tributan homenajes como á fuente de su santidad. ¿A quién recurrirémos para engrandecerla dignamente?

¡Oh gracia! sublime emanación de la Trinidad Augusta! Tú, que llenando el alma purísima y cuerpo inmaculado de María, la hiciste digna Madre de Dios, desciende á nuestros corazones y colócate en mis lábios para amarla y engrandecerla dignamente.—*Ave María.*

Es una verdad palpable, Señores, que el Amor infinito hácia los hombres, es un mar inmenso donde se encuentran sumergidas todas las obras de la creación. Este amor es la causa y fin de la prodigiosa existencia y admirable conservación de todo orden de seres; este amor es una luz clarísima tan universalmente extendida, aun en las tinieblas del misterio, que hace claros los enigmas de la naturaleza, de la gracia y de la gloria: este amor, Señores, es el epílogo donde Dios ha concentrado todos sus atributos divinos en favor de la humanidad. *Deus charitas est.* Dios es amor, dijo San Juan; porque su poder infinito, su ilimitada sabiduría, su santidad inefable y su temida justicia, todo, todo se nos manifiesta sellado con el carácter del amor. Sí, preguntad á ese abismo impalpable de la nada, ¿por qué, hablando Dios, se hizo fecundo y de su oscuro seno brotó esa infinidad de nobles creaturas que adornan el universo?

Charitas Dei erga homines. El amor de Dios es causa de todo. Hablad siglos pretéritos, que habéis sido sepultados en el caos inexistente del *no ser*. ¿Por qué en el transcurso de tan largo tiempo, desde el principio de las edades, la providencia paternal de Dios siempre ha suscitado profetas santos y hombres ilustres, que siendo alegría de los cielos, fueron luz de sus siglos é iluminaron las tinieblas de la humanidad, apartándola del extraviado camino del error? *Charitas Dei erga homines.*

El amor de Dios es causa de todo. ¡Oh Dios infinito, mi alma enajenada nunca te contempla tan grande sino cuando te veo enamorado del miserable hombre! En verdad, Señores, si elevo mi vista y contemplo el orden sobrenatural de la gracia y me constituyo temerario investigador de los arcanos divinos, allá encuentro ese amor infinito, y permitidme la expresión, descomponiendo el cielo para colmar á la humanidad de beneficios. Si, pues, como dice un Santo Padre: *Quam potens est amor qui omnipotentiam vincit*, es tan poderoso el amor que ha vencido á la Omnipotencia; el Todopoderoso se ha despojado de su Unigénito Hijo y lo entregó á todo el mundo en prueba de su amor: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret.*

En vista de estas razones, parece una temeridad creer que México goze de una predilección extraordinaria y muy singular en el corazón de Dios; más no es así, porque, escuchadme con benevolencia. El amor que Dios tiene á México no tiene medida, es tan grande como es grande la señal con que se lo ha manifestado. No es mi objeto probar la verdad de la Aparición de esta celestial Imagen; hombres ilus-

tres, en esta misma Cátedra del Espíritu Santo, han desplegado su ingenio en revelar este Dogma Mexicano. No ignoro, Señores, que en la misma Capital hay hombres temerarios y sin criterio, cuya maldad ofusca la luz de su inteligencia y los convierte en monstruos deformes aun en el orden puramente filosófico; pero no hablo á ellos, no los conozco como mexicanos porque no son guadalupanos. A vosotros hablo, verdaderos hijos de María, venturosos mexicanos, y especialmente á los que tenéis la sin igual dicha de contemplar diariamente aquí á nuestro tesoro, y á los que venimos de lejanas tierras, quizá en medio de sacrificios. Decidme, ¿recordáis en esta celestial Imagen la prenda con que Dios ha regalado á México en prueba de su especial amor? ¡Ah! fijad vuestra mirada! ¿quién es esta Imagen? ¿quién la hizo? ¿para quién es? ¿qué relaciones tenemos con ella?

¡Oh María de Guadalupe! habla, Madre mía, y repite lo que dijiste hace cerca de cuatro siglos á aquel venturoso indio Juan Diego! Señores, esta Imagen, ¿sabéis quién es ? Pues escuchadlo de sus purísimos lábios. "Soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Creador del cielo y de la tierra He elegido este montecillo del Tepeyac para mostrarme Madre especialmente amorosa de los Mexicanos." ¿Lo oistéis ? así pues, aquí está la Madre de Dios, es obra no de algún hombre, sino del poder y amor de Dios; es el regalo que nos ha hecho en prueba de la predilección con que nos ama: nosotros somos sus más queridos hijos. ¡Oh dicha de México! *Si scires donum Dei*. Si conocieras la felicidad que tienes en María de Guadalupe !

¡Ojalá supieses agradecer el incomprensible favor del cielo! En María encontrarás tu progreso y adelanto en la ciencias y en las artes, tu paz en la vida temporal, y la felicidad eterna.

Todo México, Señores, estaba personificado en aquel dichoso neófito, Juan Diego, cuando le dijo la Santísima Virgen estas palabras consoladoras que deberían ser el blasón de los mexicanos: *Hijo mio muy querido, á quien amo tiernamente como pequeñito y delicado*. ¿Es posible, en efecto, mayor dicha que la que nos revelan estas palabras? Esta Imagen que contemplan nuestros ojos, es obra, no de alguna creatura; sino del poder infinito y del amor de Dios. ¡Ah! qué emociones experimenta mi alma al recordar que en medio de los acontecimientos amargos de nuestra época, que acibararan la existencia del cristiano que vive de la Fé, el consolador recuerdo de que somos el pequeñito y más amado hijo de María reanima la esperanza nuestra, y derrama dulzura inefable en nuestro atribulado espíritu! De donde resulta, Señores, que el primer triunfo del amor divino sobre la Omnipotencia, fué despojar al Eterno Padre de su Hijo Unigénito para entregarlo al mundo en prueba de la ardiente caridad con que le amaba; pero el segundo triunfo consistió en conceder, no á todo el mundo, sino á México, lo único que le quedaba, su predilecta Hija, la Reyna del cielo, como Madre especialmente amorosa que cifraba sus delicias en vivir aquí con nosotros. ¡Ah! con razón, Señores, he dicho que el amor que Dios tiene á México no tiene medida, es tan grande, como grande es María: Dios nos ha dado el cielo, porque María es el cielo animado del mismo cielo. ¡Oh Silla Romana,

órgano de la verdad eterna! con razón tu Santo Pontífice pronunció en presencia de todo el mundo esta ineludible verdad: *Non fecit taliter omni nationi!* El Omnipotente y María de Guadalupe á ninguna Nación aman como á México.

Sorprende en gran manera ver la conducta admirable y extraordinaria que observa el Todopoderoso con algún pueblo á quien ama singularmente. ¡Ah! ya se une á él con los vínculos más estrechos de su dulce amistad, ya lo introduce en el abismo insondable de sus secretos, ya le manifiesta la sabiduría de sus designios; ora le revela los sublimes misterios donde tiene á bien ocultar su grandeza, ora confía á su debilidad los intereses de su eterna gloria: en una palabra, Señores, le da su corazón. Con cuanta razón, amando Dios al pueblo Hebreo, le hizo depositario de su ley santa, bajo su tutela puso el Arca del Testamento, y en ocasión que una desoladora hambre le amenazaba con una triste muerte, se le presenta el sapientísimo y prudente José que le suministra abundante trigo para sustentarle.

Si allá en el Egipto, crueles vejaciones son su alimento, y con lágrimas en sus ojos vé que las precipitadas olas del Nilo arrebatan con fuerza á sus tiernos é inocentes niños, con cuánto amor y compasión el poder de Dios conserva á su libertador, aun en medio de las olas, para que prodigiosamente le libertara de la tiranía de sus enemigos. Si en su peregrinación por el desierto los pueblos hostiles impiden su marcha, su experto caudillo Josué detiene al Sol en medio del cielo para arrancarles la victoria. Si en posesión de la tierra prometida los incircuncisos filisteos le acometen con denuedo, el potente

Sansón le defiende; aun más todavía, si la corrupción de las costumbres se introduce hasta el Santuario y los impíos sacerdotes hijos de Heli profanan su pura y celestial doctrina, el justo Samuel recupera sus lamentables daños. En resumen: si su fé es muerte y todas sus obras son satánicas por la ilícita comunicación con las hijas de Belial, si sus adoraciones son al Demonio, aparecen en distintas épocas profetas santos enviados por Dios para levantar á su pueblo predilecto del vicio en que yacía sumergido, y despertarle del sueño del olvido é indiferencia á sus inestimables beneficios. ¡Oh Señores! qué razones tan poderosas surgen de todos estos acontecimientos por las que puedo decir en medio del contento de mi alma: México es un pueblo venturoso, porque incomparablemente es más amado de Dios que el pueblo Hebreo.

Si, Señores, México no sólo es depositario de la Ley santa, sino también de la Madre Santísima del Autor de la Ley. Está bajo su cuidado no la simbólica Arca de Sión, sino el Santuario divino del Eterno. No tenemos al casto José, hijo de Jacob, que nos alimente con trigo terreno y miserable, pero tenemos á la Reyna de las vírgenes que lleva en su seno el maná celestial que nos comunicó vida eterna. ¡Ah! Si, en medio de las olas de la inmoralidad de nuestra época por la anticristiana educación del siglo, nuestra alma profundamente herida, con gran dolor contempla á esos incautos jóvenes é inocentes niños que se precipitan en la corriente del *Liberalismo* y en sus infernales excesos; aquí está nuestra LIBERTADORA, aquí está el Moisés de México, que con el poder del cielo hará estremecer al proclamado

Faraón del siglo. María de Guadalupe es el Caudillo, que más valiente y poderoso que Josué, con sus eficaces ruegos detendrá al Sol de las eternidades en medio de su enojo, cuando cansado por nuestros delitos se incline al ocaso de su misericordia. ¿Y qué importa que la masonería, secta fundada por el Demonio, sin comparación más temible que el ejército de los filisteos, con su influencia satánica en nuestras sociedades, ponga asechanzas á nuestro fácil ingreso á la tierra prometida en la Jerusalén celestial? María de Guadalupe es más temible que todo ejército bien ordenado, y de ella canta la Iglesia: *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*, ella sola venció, vence y vencerá las herejías del universo. Si el espíritu mundano tan osado como se presenta en nuestros días, sacrilegamente arrancara de los ministros del Santuario, no diré nuestro estimado traje eclesiástico; sino lo que fuera más lamentable, nos despojára del espíritu del sacerdote perfecto ¡oh protectora del Sacerdocio! tú, que diste al mundo al Sacerdote Eterno, no permitirías entre tus predilectos hijos tan atroz desconcierto. En una palabra, Señores, si Dios manifiesta su amor singular á las naciones por medio de admirables prodigios obrados en su favor, como lo hace palpable la historia del pueblo hebreo; nosotros los mexicanos, que hemos recibido por su bondadosa protección mayores muestras de amor mediante nuestra tierna Madre, somos, consiguientemente, especialmente amados de Dios más que el pueblo hebreo. *Et unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?*

No hay duda, Señores, es evidente que México tiene la singularidad de ser especialmente amado de

Dios. Sí; ya habéis visto cómo el Altísimo le entregó en prueba de su afecto lo que á ninguna otra nación le concediera. La mejor prueba del amor son las obras, *Operibus credite et non verbis*, y ¿sería posible que la Omnipotencia de Dios nos manifestara su grande amor de un modo más claro que dándonos á su propia Madre, por Madre especial de los mexicanos? ¡Ah! no, Señores; no hay dón superior á María! María, en idioma propio de los Santos Padres, es todo lo que es Dios sin ser Dios; María, en el orden de la gracia, está tan identificada con el Padre, por la gracia, como lo está, por naturaleza, el Padre con su Hijo hunigénito; tan intimamente unida al Hijo, como la madre con el fruto de su seno; tan identificada con el Espíritu Santo, como la esposa con su esposo, en fin, María es el complemento de la Trinidad Augusta. ¡Oh Virgen! ¡tesoro de Dios, huerto cerrado donde el Verbo tiene sus delicias! ¡tú eres el objeto de los pensamientos eternos, la criatura privilegiada que formas la nueva creación, y que arrebatas las miradas del Altísimo, hiriendo su corazón con el dardo de su amor, *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa mea, vulnerasti cor meum!* Pues si Dios nos ha distinguido con mayores muestras de predilección que las que obró en favor del pueblo judío, y se dignó concedernos su gran tesoro, su digna Madre; luego nos ama de un modo especial, y María de Guadalupe está con nosotros, porque Dios, solícito de la felicidad de México, se la concedió para su eterna ventura.

Por último, si María es Madre de los mexicanos, todo México compone su predilecta familia, todos somos sus hijos, y nos ama con el amor más sincero y

gratuito. En verdad, ¿quién no ha sentido que su delicada mano enjague su llanto con el celestial consuelo? ¿quién no ha visto socorridas sus necesidades y suavizadas sus penas? ¿quién jamás la invocó con amor y confianza y no fué escuchado? ¡Oh María, te diré con los Santos Padres, prodigio celestial, gloria de Dios, cielo animado de Dios, cielo más divino que el mismo cielo, baluarte firmísimo de los mexicanos; principio, medio y fin de la felicidad de mi patria; árbitro de nuestro destino, y prenda de reconciliación entre México y el Omnipotente! ¡tú eres nuestra amorosa Madre, y México es tu hijo querido á quien amas tiernamente como á *pequeñito y delicado!*

Pero no cerraré mis labios sin manifestar las mercedes que María ha hecho á mi amado pueblo queretano. ¡Oh Querétaro, población que me escuchas en tus hijos, siendo eminentemente guadalupana, eres la hija obediente de la familia de María; tú cifras tu gloria en honrarla y amarla con todas las fuerzas de tu espíritu, y en cumplir su voluntad santa. ¿Dónde, Señores, fué edificado el primer templo en honor de María de Guadalupe después del que se erigió aquí en el Tepeyac? ¿Dónde existe otra Congregación de Sacerdotes seculares consagrados especialmente á propagar el culto de María de Guadalupe? ¿En qué otro pueblo se ha renovado con mayor solemnidad el juramento de Patronato á María de Guadalupe?

¡Oh fieles queretanos! á vosotros no os arredra ni la longitud ó aspereza del camino; la ferviente fé os hace audaces y da resistencia á vuestros cansados pies para correr velozmente para hacer votos en este augusto Templo de María. ¡Oh hermanos míos!

¿quién os obligó á caminar en medio de tantas fatigas, sin que ni el hambre, ni la sed, ni el sol ardiente, ni la copiosa lluvia, nada, nada fuese capaz de resfriar vuestro espíritu fervoroso? *Amor tuus Pondus tuus*, su amor á María es el peso que les arrastra hácia ella. ¡Oh qué santa envidia exitan en mi alma y en la de todos mis hermanos que no tuvimos el consuelo de hacer tan dulce sacrificio! En verdad, nos aventajasteis en esto, pero no en los ardientes deseos y fervoroso amor á Nuestra Madre: el cielo es testigo de los sinceros conatos de nuestro amado Pastor y demás clero de Querétaro. Por último, amantes peregrinos, cuando aun estabais lejos de esta Imagen divina, allá en vuestra peregrinación, vuestro consuelo era repetir María, María, María: este nombre era vuestro alimento, María era vuestro refugio, María vuestro descanso, María endulzaba vuestros labios, María recreaba vuestros oídos, María repetían las montañas, María embalsamaba los vientos, y María engalanaba los prados: María era la blanca nube que os protegía de los rayos del sol, María la resplandeciente antorcha que os iluminaba en las tinieblas de la noche.

Pero ya estamos en su presencia, ¿qué le decimos? ¿ó le pediremos la recompensa de nuestros sacrificios...? ¿Estamos enfermos? aquí está nuestra medicina. ¿Estamos muertos á la vida de la gracia? aquí esta nuestra vida. ¿Las pasiones y los vicios han esparcido tinieblas espesas en nuestra alma? os diré con San Bernardo: *Respice stellam, voca Mariam*. Si en la época lamentable que atravesamos nuestras aficciones no tienen consuelo, nuestras penas son sin número, y el corazón de mis hermanos está cruel-

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

DEVUELTO		

BR136

.Q4

V4

1020042377

117123

AUTOR

VELAZQUEZ, Guadalupe.

TITULO

117123



